

## Cálices vivos y vida eucarística

Aunque el cáliz es uno de los objetos más importantes que se usan para celebrar la Eucaristía, no deja de ser un objeto. En casos de emergencia se puede prescindir de él. Con todo, por su gran cercanía a la sangre de Cristo cobra una fuerza simbólica maravillosa y única que nos puede ayudar a comprender con mayor profundidad nuestra vida en función del "precio de nuestra redención". En las tres partes principales de la celebración eucarística (preparación de las ofrendas, oración eucarística y comunión) el cáliz presta un servicio tan inmediato y variado a la sangre de Cristo que se transforma en un signo de cómo podemos modelar nuestra vida al servicio de la redención...

Ser "cálices vivos" significa que a través de nosotros se prolonga el servicio a la sangre de Cristo. Siempre que escuchamos la palabra de Dios y nos dejamos conducir por ella, y siempre que ofrecemos a Dios nuestra vida transformada por su poder, nuestra ofrenda se transforma en un don para los demás. El mayor don que el mundo ansía, consciente o inconscientemente, es la paz, la armonía de lo diverso, y la unidad, pues sólo en la unidad somos libres de descubrir la felicidad para la que fuimos creados. La gente anhela la redención. Pero no hay redención sin la sangre de Cristo.

Si deseáis, pues, ser cálices que contengan y distribuyan la sangre del Redentor, prolongad la vivencia de la Eucaristía. No descuidéis ninguna oportunidad de recoger vino y depositarlo en vuestro corazón, gota a gota, momento a momento. No os preocupéis de que el vino sea dulce o seco. Lo que importa es la transformación, el sacrificio, la presencia de la sangre redentora de Cristo.

Quedaos al pie de la cruz con María, dispuestos a perder todo. Lo que queda en el cáliz sigue siendo amargo o dulce aún después que el vino se convierte en la sangre de Cristo. La salvación del mundo no depende de que haya resuelto todos sus problemas. Lo que el mundo necesita es *Redención*.

Por lo tanto, celebrad la Eucaristía en la vida. Sed cálices vivos, pero sin decirlo. Tampoco María hablaba al pie de la cruz. Basta que estéis presentes con una fe confiada allí donde Cristo sigue sangrando en la cruz por la humanidad. Estad allí con un corazón lleno de amor como la madre de Jesús.

Siempre que recibáis la sangre de Jesús, o bien os quedéis en adoración, o sufráis en silencio algún dolor y prodiguéis amor a los demás, la gente os asediará. Porque sentirán en vosotros la presencia de María, la presencia de una madre.

La gente busca a Dios. Están ansiando el amor de Dios. Continúa recibiendo ese amor en la sangre al pie de la cruz. Guardaos el dolor para vosotros, y dad a los demás la luz que habéis encontrado allí. Hasta que ellos, a su vez, descubran su fuente y aprendan también a apreciar y amar la cruz.

Sed cálices vivos, como María. Sed una comunión continua, una "fuente de misericordia". Así llevaréis la redención a los demás y construiréis la unidad, porque a cada momento estaréis dando a Dios, que es el mismo amor.

*P. Winfried Wermter, C.P.P.S., Blut Christi-Kaufpreis unserer Erlösung (Sangre de Cristo, precio de nuestra Redención), Leutesdorf: Johannes-Verlag, 1983, en el boletín informativo de la Provincia de Cincinnati, 1985, pp. 20-23)*

Yo soy como la mayoría de las madres. Creo que Dios nos ha dado un vínculo muy especial con nuestros hijos. El cordón umbilical se corta en el parto, pero nosotros siempre permanecemos apegadas y unidas, con esa relación especial que es un don de Dios.

Como madre, puedo relacionarme con el Jesús que desde el monte contempla la ciudad y exclama: "Jerusalén, Jerusalén". Tantas veces he querido reunir a los hijos de Dios como la gallina recoge bajo sus alas a sus polluelos. Tantas veces yo misma he querido ofrecer el cuidado maternal a los hijos quebrantados deshechos de Dios, para sanar sus heridas, cuidarlos, amarlos. Pero como Jesús tuvo que renunciar, así también yo. Hace poco uno de mis hijos me dijo: "Mamá, yo tengo que hacer la experiencia de mis propios errores."

La Preciosa Sangre es vida -- vida en mí, vida en los hijos de Dios, vida en los que sufren en los pueblos oprimidos sabiendo que tarde o temprano les tocará derramar su sangre. La mayoría de nosotros no estamos llamados a derramar materialmente nuestra sangre. Pero si queremos ser auténticos seguidores de Cristo, debemos morir todos los días aceptando el sufrimiento, y sobre todo, negándonos a nosotros mismos.

Cuando bebo de la copa, estoy diciendo con mi vida: "Cristo, me abro a ti y con este acto te expreso mi deseo de sufrir contigo. Viviré contigo, sabiendo que mi vida será tocada por el sufrimiento y el dolor de los que caminan a mi lado".

Sí, diariamente ofrezco mi vida por mi esposo, mis hijos, mi familia. Los errores nos permiten bañarnos en la sangre de Cristo y perdonar, esperar, creer.

Nuestra hija menor es sorda. Y también diabética. Nos mudamos a Sedalia para que pudiera ir a la escuela. Tomé conciencia de la cantidad de chicos incapacitados. Muchos de ellos tienen un solo progenitor. Mi esposo y yo hemos pasado tiempos difíciles a lo largo de nuestra vida pero hemos permanecido juntos tanto en la fortuna como en la adversidad. Nos apoyamos mutuamente. El es mi consejero, de él dependo, me escucha cuando estoy desanimada, y se ríe también conmigo. Nuestros hijos nos deparan muchas alegrías pero también muchas preocupaciones.

Cuando me aflijo pensando en lo que será de mi hija en el futuro, mi marido me dice que espere a que llegue el momento. Acepto el desafío que representa el prepararla para la vida. Rezo para no entregarme cuando me sienta desanimada. No estoy sola. Cuento con mi esposo y con mi familia. Y hay muchas papás y mamás que diariamente cargan con la cruz de la vida y comparten con Cristo sus sufrimientos.

La sangre de Cristo me exige ser paciente ya que creo en la sanación de Dios y en la promesa de redención.

Me acuerdo de la película "Survival Run" que vimos en la asamblea provincial. Para sobrevivir, a veces tenemos que escalar montañas escarpadas. Creemos que es más fácil bajar, pero podríamos tropezar con las piedras del camino. Tratamos de aceptar las dificultades, pero atentos a esas piedras. Esta es la única forma que conozco de llegar a la meta cada día.

Ser una compañera significa que quiero comprometerme en el mundo real en el cual hay algo más que compartir el dolor y el sufrimiento. Muchas veces estamos llamados a llorar con los que están solos en la carrera. Como buscamos una unión más estrecha con la sangre de Cristo, queremos abordar esos problemas que nos irritan y esas experiencias de vida que nos afligen y decepcionan.

En la Preciosa Sangre de Cristo estoy unida con Dios. Sé que Dios está conmigo en mi subida al Calvario. Dado que acepto la presencia redentora de Dios, incluso en el dolor y el sufrimiento de mi vida, la resurrección es para mí una realidad.

*Joan Ginther, "A Mother's Love Reflects the Pain and Promise of the Precious Blood" (El amor de una madre refleja el sufrimiento y la promesa de la Preciosa Sangre), The New Wine Press, 25 de septiembre de 1992, p. 159)*